

Neoliberalismo: críticas y resistencias Entrevista a Juan Pablo Rodríguez

Juan Pablo Rodríguez*

Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Oxford (Oxford, Inglaterra)

RESUMEN

La siguiente entrevista aborda algunas de las principales motivaciones, ideas y conclusiones que dan forma a la investigación contenida en el libro *Resisting neoliberal capitalism in Chile: the possibility of social critique* (2020) de Juan Pablo Rodríguez. Se aborda, en primer lugar, su examen de distintas teorías críticas del neoliberalismo contemporáneo; a continuación, su análisis de las prácticas de crítica situada que llevan a cabo los movimientos sociales en Chile, en especial a partir de los casos del movimiento estudiantil y el movimiento de pobladores.

Palabras clave: Neoliberalismo, crítica social, movimientos sociales.

Neoliberalism: critiques and resistances *Interview with Juan Pablo Rodríguez*

ABSTRACT

In this interview with Juan Pablo Rodríguez, author of *Resisting neoliberal capitalism in Chile: the possibility of social critique* (2020), we address the main ideas and motivations behind the book and the research on which the book is based. We first explore the analysis the author makes of different theoretical critiques of contemporary neoliberal capitalism, and then we talk about the practices of embodied critiques carried out by social movements in Chile, focusing on the cases of the student and the *pobladores* movements.

Keywords: Neoliberalism, social critique, social movements.

DOI: 10.25074/07198051.34.1759

* Doctor en sociología. Mail: juan.rodriguezlopez@area.ox.ac.uk.

INTRODUCCIÓN

Juan Pablo Rodríguez es Doctor en Sociología por la Universidad de Bristol (Reino Unido) y autor de un interesante libro recientemente publicado bajo el título de *Resisting Neoliberal Capitalism in Chile. The Possibility of Social Critique* (Palgrave Macmillan, New York, 2020). En el escenario de debates actuales sobre el neoliberalismo y sus críticas, esta obra viene sin duda a ocupar un lugar de relevancia, en especial por el doble propósito que orienta el ejercicio teórico y analítico propuesto por Rodríguez. Por una parte, a través del examen de un conjunto de teorías críticas contemporáneas, busca indagar en las distintas fundamentaciones y sentidos que adquiere hoy la crítica del capitalismo neoliberal. Y por otra, pretende a su vez reconstruir aquellas prácticas de una crítica situada al neoliberalismo que se despliegan en el terreno de los movimientos sociales, en especial a partir de explorar los casos del movimiento estudiantil y el movimiento de pobladores durante los últimos años en Chile.

Con ello, lejos de simplemente pretender aplicar o contraponer las discusiones conceptuales a las prácticas de los movimientos sociales, Rodríguez avanza en la elaboración de un sofisticado argumento acerca de los modos en que se entrelazan aspectos teóricos y prácticos en las dinámicas de crítica, contestación y resistencia frente al neoliberalismo contemporáneo. La siguiente entrevista aborda algunas de las principales motivaciones, ideas y conclusiones que dan forma a su original investigación.¹

1. LAS CRÍTICAS DEL NEOLIBERALISMO

Revista Castalia (RC): Si pudieras partir contando la motivación más general de la investigación que da origen al libro, sobre todo a propósito del contexto que mencionas al inicio.

Juan Pablo Rodríguez (JPR): Hay dos contextos que creo están a la base de la investigación que da origen al libro. En primer lugar, las movilizaciones del 2011 en Chile. Me interesaba comprender algunas de las experiencias de resistencia a los efectos del neoliberalismo en Chile, específicamente en las áreas de la educación universitaria y la vivienda. Si bien a fines del 2013 había bastante material de análisis, sobre todo del movimiento estudiantil, me interesaba analizar las movilizaciones por la educación y la vivienda en Chile como parte de una suerte de constelación más amplia y en formación de movimientos anti-neoliberales; no mirarlos solamente en su especificidad, sino también relevar sus puntos en común.

En segundo lugar, a fines del año 2013 había una actitud –sostenida tanto por activistas de los propios movimientos como parte de la academia y la opinión pública– marcada por el pesimismo ante las posibilidades de cambios significativos en la estructura social y el sistema político chileno. Me interesaba explorar también de qué se trataba ese pesimismo y si se podía hacer algo con él. Después del 2011 parecía que se había superado el diagnóstico de la desmovilización y el apoliticismo chileno que levantó la sociología de la transición, pero al mismo tiempo parecía que no era del todo sensato abandonar esos diagnósticos. No estábamos en los noventa, pero tampoco se

¹ Las preguntas fueron preparadas por Camilo Sembler para Revista *Castalia*.

podía afirmar que habíamos dejado atrás completamente el período transicional. Esa actitud también formó parte importante de lo que motivó la investigación y posteriormente el libro.

RC: Podrías contarme un poco más sobre este segundo tipo de contexto. Y también acerca de la decisión que da forma a los dos partes del libro, esto es, la idea de abordar la crítica del neoliberalismo tanto a un nivel más teórico como en el terreno mismo de los movimientos sociales.

JPR: Explorando un poco más esta actitud pesimista que se había instalado al evaluar las movilizaciones del 2011, encontré que se podían distinguir dos tipos de pesimismo, y que cada una de esas posiciones eran afines a dos campos teóricos enfocados en estudiar las dinámicas de resistencia y protesta contra distintas formas de opresión. La primera era una suerte de pesimismo institucional, representada principalmente por el discurso de las ciencias políticas y la sociología anglosajona basada en los estudios sobre movimientos sociales, especialmente aquellos derivados de la escuela de la política contenciosa asociada a los trabajos de Charles Tilly. La conclusión que uno podía sacar bajo esta óptica es que las movilizaciones del 2011 habían sido a lo sumo una expresión más o menos organizada de un malestar difuso, y que el movimiento no tuvo la capacidad de efectuar un cambio real en las instituciones, en las políticas y el Estado.

La segunda, en tanto, la representa el campo de la teoría crítica, principalmente europea y norteamericana, y se relaciona con un pesimismo “estructural” que nace como reacción a la domesticación, y/o resolución conservadora de la oleada global de movilizaciones que tuvo lugar después de la crisis económica del 2007-2008; similar al caso chileno, las movilizaciones habían mostrado que la crisis del capitalismo global era, ahora sí, insostenible y que la resolución de sus contradicciones por una parte nos estaban llevando a un colapso total no solo del sistema sino de la vida, y que experiencias como las del movimiento de justicia global renacían y cobraban nuevas formas en España, Grecia, en Túnez, etc. El potencial transformador de este despertar global se vio desmentido en la práctica por una muestra de fuerza del capitalismo global, sus principales actores y sus instituciones (como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial) y por la elección democrática de líderes conservadores en varias partes del mundo donde había ocurrido este “despertar”. La conclusión que se podía sacar desde este tipo de narrativa era que o bien este “despertar” había sido una ilusión o que había sido un momento muy frágil y no, como se pensaba en primer momento, la antesala de un proceso de reforma radical ni mucho menos revolucionario.

RC: Estas posiciones, según entiendo, presentaban entonces a tu juicio también algunos límites al momento de interpretar el significado de los procesos de resistencia al neoliberalismo.

JPR: Ambos enfoques sirven para describir y explicar las dinámicas de las movilizaciones del 2011 en Chile y posterior al 2007-2008 en el resto del mundo, pero creo que ambas enfatizaban por vías distintas el carácter ilusorio del potencial transformador de las movilizaciones. No me interesaba entonces evaluar qué tan exitosas en términos de resultados habían sido las movilizaciones en Chile, porque era algo que se había hecho, sino describir y comprender las condiciones que las hicieron posible. Fue ahí entonces que me enfoqué en un aspecto particular de lo que la literatura enfatizaba, y en torno a lo cual había un cierto acuerdo: las movilizaciones cuestionaron de una forma más o

menos radical a las desigualdades y al sistema político chileno, apuntando muchas veces a las relaciones que hacía que ambos fenómenos estuvieran mutuamente implicados.

Paralelamente, como parte de esa revisión de bibliografía sobre el estado y el destino de la crítica en ciertos debates teóricos, había encontrado en la obra del sociólogo francés Luc Boltanski y en textos de Fredric Jameson conceptos que servían para darle un enfoque realista al pesimismo, desde un punto de vista que ponía énfasis en la necesidad de reconocer la capacidad de agencia y de crítica de los individuos y los grupos, así como la necesidad de historizar prácticas teóricas y artísticas que intentaban resistir los efectos del capitalismo neoliberal. Lo que hice entonces fue, por una parte, extender aspectos de la “sociología de la crítica” de Boltanski, que servía para describir y comprender cómo gente común y corriente critica las instituciones de la sociedad, hacia el estudio de los movimientos sociales; y por otra, usar la idea de una estética del mapeo cognitivo de Jameson, usada comúnmente en los estudios literarios para analizar textos u obras, para aplicarla tanto a los discursos teóricos críticos como a las prácticas de crítica —que también incluye sus propios procesos de teorización— de los movimientos sociales. La idea que sirvió de guía al libro entonces es que, al alero de las movilizaciones posteriores a la crisis del 2007-2008, ha habido una revalorización de la idea de crítica del capitalismo a nivel teórico, al mismo tiempo que intentos de crítica situada que han llevado a cabo distintos movimientos en distintos contextos. Me propuse entonces, más que sintetizar o hacer confluir forzosamente la teoría y la práctica, hacer conexiones entre esos ámbitos a ver si eso permitía repensar y/o redescubrir las relaciones entre ambos niveles.

RC: A propósito del tema central del presente número, quisiera preguntarte por el significado del concepto “neoliberalismo” en las teorías críticas que tratas en el libro. A veces surge la impresión que la “crítica del neoliberalismo” parece dar por sentado que es relativamente claro de qué hablamos cuando decimos “neoliberalismo”. ¿Cómo entiendes —a la luz de las teorías que examinas en el libro— aquello que hoy podemos llamar “neoliberalismo”?

JPR: Creo que hay una suerte de consenso en las ciencias sociales hoy respecto a la necesidad de clarificar tanto el concepto como los usos del término neoliberalismo. Y es cada vez más claro que hay distintos enfoques para aproximarse al tema, no todos ellos compatibles. Al mismo tiempo, el neoliberalismo es una forma de hablar, que se ha masificado durante los últimos 15 años, y como se usa para hablar sobre muchas cosas, muchas de ellas contradictorias, se hace necesario hacer un esfuerzo de clarificación. Esto no equivale sin embargo a negar la ambigüedad del término. Aunque se consolida en el período de las recesiones económicas durante la década de los setenta y ochenta, el neoliberalismo nació como un conjunto de ideas y valores asociados a un proyecto político específico —antisocialista y anti colectivista— que pretendía ser una alternativa al intervencionismo estatal keynesiano y al liberalismo clásico en el período de entreguerras, y por lo tanto ha estado sujeto, en distintos períodos históricos, a disputas en torno a su significación (incluso entre distintas versiones de neoliberalismo). Aquí en Chile, por ejemplo, parte de la elite económica y política tiende a usar el término economía social de mercado —la versión alemana de un neoliberalismo más regulado— para desmarcarse retóricamente de un neoliberalismo desregulado más extremo. Presentarse como moderados les da la oportunidad de ser aún más extremos. No es, por tanto, un concepto neutro ni estático. Una de las motivaciones de la investigación entonces, más que definir

neoliberalismo, era observar con mayor detalle qué estaban entendiendo por neoliberalismo estos movimientos sociales que se declaraban antineoliberales, no con el afán de contrastar un concepto teórico correcto con sus desviaciones empíricas, sino para analizar cómo funciona, o como tú dices en la pregunta, para explorar sus usos en luchas sociales.

RC: ¿Cómo se expresa esto en las discusiones teóricas que abordas en el libro?

JPR: Sobre las teorías que examino en la primera parte, me parece que una de las ventajas de un concepto más acotado de neoliberalismo es que permite hacer la distinción entre capitalismo y neoliberalismo, y una vez hecha la distinción, permite especificar una serie de transformaciones de lo que se puede llamar capitalismo neoliberal. El grupo de teorías que yo examiné no tiene como objeto de estudio el neoliberalismo en el sentido historiográfico, del tipo desarrollado por Miroski y Plehwe en *The road from Mont Pelerin* (2015), sino que el capitalismo, y es en este contexto que usan el término neoliberalismo para nombrar un cambio en el carácter del capitalismo. Lo que plantean autores como David Harvey, Nancy Fraser, Ruth Levitas, Fredric Jameson, el propio Boltanski, entre otros, es que desde los años 70 y 80 asistimos a una reorganización del capitalismo, caracterizado ahora por crecientes grados de adaptabilidad, flexibilidad y globalización del capital, y que dicha reorganización confluye con la adopción por parte de algunos países, como Chile, Estados Unidos e Inglaterra, de políticas neoliberales. El capitalismo neoliberal entonces designa una nueva fase en el desarrollo del capitalismo, marcada por la ascendencia del capital financiero, de los grandes conglomerados y corporaciones, y un cambio en la relación entre Estado y sociedad, caracterizada por un involucramiento activo por parte del Estado en la creación de condiciones institucionales para el funcionamiento de la libre empresa y un mercado integrado desigual pero globalmente.

Por otra parte, la mayoría de esas teorías ponen énfasis en el carácter político del proyecto neoliberal, en el sentido que las políticas económicas neoliberales de control fiscal, desregulación, privatización, etc. fueron diseñadas, impuestas y/o implementadas como una forma de legitimar un proyecto de acumulación del capital por parte de actores e instituciones funcionales a dicho propósito, en un contexto marcado por la crisis del Estado de bienestar en Europa, y del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones (ISI) en América Latina. Teorizar al nivel del sistema (capitalista) y sus contradicciones, como lo hacen estas teorías, no implica sostener que la fase neoliberal del capitalismo sea el resultado de una suerte de conspiración del capitalismo mundial para dotarse de una nueva forma de salir airoso de una nueva crisis (como lo han hecho sus críticos desde el enfoque historiográfico); más bien implica reconocer que las teorizaciones sobre el capitalismo ocurren a un nivel de abstracción mayor que las de los procesos concretos de neoliberalización. Lo que me parecía interesante era explorar si de alguna manera se podían hacer las dos cosas. Y aquí es donde la idea de una estética del mapeo cognitivo de Jameson me parece que nos permite observar, a distintas escalas, los distintos intentos por representar, siempre de manera local, situada y parcial, esta cosa abstracta —el capitalismo neoliberal— que está en permanente cambio pero que tiene efectos muy reales en la vida de las personas y los activistas.

RC: ¿Podrías explicar con algo más de detalle en qué consiste esta noción de estética del mapeo cognitivo y donde sitúas su relevancia para la crítica del capitalismo neoliberal?

JPR: Otro de los rasgos de las teorías que examino en la primera parte del libro es que sostienen que el capitalismo neoliberal no es solo un sistema económico y un conjunto de políticas y arreglos institucionales; una de las características de la fase globalizada y neoliberal del capitalismo es que, al horadar las bases del compromiso entre trabajo y capital propio del Estado de bienestar y transformar radicalmente la estructura social, los modos de sociabilidad y las condiciones de vida de las personas, produce un tipo específico de subjetividad que complejiza los modos de dominación típicamente modernos. Cuando se toma al capitalismo neoliberal no solo como un objeto de estudio sino como además como un objeto de crítica, es necesario enfatizar entonces que el análisis siempre es el análisis parcial de la totalidad que se critica. Tanto las teorías críticas que examino como “las críticas en movimiento” que analizo son intentos parciales de criticar ciertos aspectos, y en el caso de las teorías, varios aspectos considerados desde una dimensión en particular (por ejemplo, la socio-económica en el caso de Harvey, Levitas y Erik Olin Wright; la normativa en el caso de Honneth, la estética-política en el caso de Rancière, y la sociológica en el caso de Boltanski) del capitalismo neoliberal, y es solo considerando ese carácter parcial de la crítica a este horizonte o idea regulativa de totalidad que se puede tener claro el objeto de la crítica. De ahí la importancia de considerar las distintas teorías y movimientos en términos de una constelación e intentar hacer conexiones entre ellas. Me parece que el desarrollo de teorizaciones que han surgido desde prácticas concretas de resistencia, al alero de luchas feministas, por la liberación negra y anticoloniales, han enseñado cómo hacer frente teórica y prácticamente a las intrincadas relaciones y mecanismos a través de los cuales operan distintos modos de opresión tales como el patriarcado, el colonialismo y el capitalismo. En este contexto, teorías como la interseccionalidad han servido para repensar un tema clásico como es el de las distintas mediaciones a través de las cuales se tiene acceso a estructuras de opresión que están mutuamente implicadas. La idea de crítica social que desarrollo en el libro es una versión limitada de este tipo de esfuerzos.

RC: Algo muy interesante de tu libro es que no solo te interesa examinar distintas críticas, sino además propones un modo en que se pueden complementar o articular –aun desde posiciones distintas – para los fines de una crítica del neoliberalismo contemporáneo. ¿Podrías explicar –a grandes rasgos– este ejercicio?

JPR: Me gusta la palabra ejercicio porque creo que la teoría es precisamente una práctica de ese tipo –de un ejercicio, o de un experimento–. A grandes rasgos, la idea de este ejercicio era tratar estas teorías críticas no solo como modelos abstractos sino también como prácticas interpretativas, cada una de las cuales intenta aprehender en alguna dimensión específica y a distintos niveles las complejidades del capitalismo neoliberal. Y esto me parecía más interesante aún considerando que todas estas teorías apelan a la idea del capitalismo como una totalidad social. No se trata de ver las teorías como mapas que intentan copiar literalmente una totalidad que está allí afuera, estática, sino más bien como intentos de mapear (un proceso, una práctica particular) dicha totalidad en alguno de sus aspectos. En un grupo de teorías hay una lectura que enfatiza los aspectos socioeconómicos del desarrollo del capitalismo contemporáneo, en otro predomina un código normativo, y en otro los aspectos estético-políticos. Realizar una síntesis teórica entre estos grupos de teorías sería además de fútil medio tramposo, porque en estricto rigor son teorías en varios casos incompatibles. La idea de una estética del mapeo cognitivo permite, en cambio, considerar qué

aspectos de dichas teorías se pueden articular, ver hasta qué punto pueden ser vistas como mediaciones entre distintos niveles de interpretación, evaluar qué esfuerzos de traducción implicaría, cuáles son sus límites, etc., partiendo de la base que todas ellas son intentos por entender y explicar las dinámicas del capitalismo neoliberal, y que por lo tanto ellas mismas son inevitablemente producto y parte del tiempo histórico del que surgen.

2. LAS “CRÍTICAS EN MOVIMIENTO”

RC: Pasemos a ahora a las “críticas en movimiento” que abordan en el libro. ¿Por qué decidiste centrar la investigación en el movimiento estudiantil y el movimiento de pobladores?

JPR: Diría que principalmente por dos razones. En primer lugar, lo que me parecía interesante de ambos movimientos en el contexto post-2011 es que ambos se relacionan con luchas históricas en torno a la educación y a la vivienda. Se podría trazar el desarrollo del sistema educativo chileno y las políticas de vivienda desde mediados del siglo XX siguiendo el desarrollo de organizaciones estudiantiles y de pobladores. Ambos movimientos fueron también muy importantes durante la Unidad Popular, y luego, en las luchas de resistencia a la dictadura. Lo interesante es que ambos movimientos rescatan, reestudian y reelaboran esa historia como un insumo que les permite situar sus luchas actuales en un contexto histórico más amplio. Hay un trabajo muy importante de construcción de memoria en ese sentido. Menciono esto porque en el 2011, así como el 2006, y más recientemente, ha tendido a preponderar el lenguaje del “estallido”, en el sentido de un evento con razones estructurales pero sin historia. Varios colegas sostienen que los científicos sociales vieron venir la reciente revuelta hace mucho tiempo; se refieren a que al menos desde fines de los 90 ya se veían las grietas de una estructura social cada vez más desigual. Pero estas condiciones estructurales no explican las movilizaciones. Se puede apelar a razones estructurales tanto para explicar la revuelta como para explicar la desmovilización (esto fue de hecho lo que hizo la sociología del malestar por esa época). Sin pretender hacer un análisis histórico, que es un trabajo que han venido realizando sistemáticamente historiadoras de la educación y militantes y colaboradores de algunas organizaciones de ambos movimientos, me interesaba explorar cómo ambos movimientos habían sido capaces de rearmarse después de un período de reflujo durante los años noventa.

Por otra parte, hacia el año 2011 la educación universitaria y la vivienda ya son áreas donde el Estado ha intervenido para crear mercados y condiciones de acceso a través de subsidios y créditos, y donde se ha erigido una institucionalidad para gestionar dichos servicios; todo esto alejado de una visión en donde la educación y la vivienda son derechos sociales. Quería observar entonces cómo en un contexto marcado, por un lado, por los efectos de la aplicación sostenida de reformas neoliberales en ambas áreas, y por el otro, por un declive en la influencia que los partidos políticos tradicionales solían tener en sus organizaciones, ambos movimientos lograban recomponerse, actualizar sus demandas, renovar sus prácticas políticas y su vocabulario, entre otros.

RC: ¿Qué rasgos de su crítica al neoliberalismo destacas en esas experiencias?

JPR: Se trata en primer lugar de movimientos que elaboran y movilizan un discurso crítico a la sociedad chilena en su conjunto, desde espacios específicos; no critican solo el efecto de política

determinada (el allegamiento o el endeudamiento, por ejemplo), sino un conjunto de relaciones entre políticas de vivienda y educación, actores políticos asociados a la generación y aplicación de dichas políticas, y al entramado legal a través de los cuales dichas políticas se legitiman y se aseguran. Específicamente, elaboran primero la crisis del sistema educativo y de vivienda, señalan sus efectos en términos del tipo de educación y ciudad que generan (desigual y segregada), vinculan dichos efectos a las soluciones estatales de mayor acceso a ambos servicios durante los años 2000, e identifican a los responsables políticos de dichas políticas (la Concertación). Hay además una crítica marcada al sentido meritocrático en que las políticas concertacionistas enmarcaron el acceso a la educación y a la vivienda, basada en la lógica de competencia individual a través de créditos y/o subsidios, y un intento por redescribir ambas áreas como derechos sociales. Esto no significa que estos movimientos tengan esto claro de antemano, sino que más bien son diagnósticos críticos que se van construyendo en el curso de las distintas movilizaciones. Dicho en términos del análisis más teórico, hay un intento por mapear el capitalismo neoliberal a partir de la crítica de políticas neoliberales concretas desde espacios y áreas específicas, a través de sus distintas mediaciones (jurídicas, políticas, sociales, etc.).

En segundo lugar, tanto en el movimiento estudiantil como en el movimiento de pobladores hay intentos de organización que ya no dependen de su relación con los partidos políticos tradicionales, incluido los partidos políticos de izquierda. Coexisten formas de acción colectiva clásicas de una izquierda más tradicional con una búsqueda de autonomía y con prácticas de autogestión, y autoeducación, lo que crea en algunos casos tensiones. Lo que me parece interesante es que en ambos movimientos esta tensión se aborda estratégicamente, es decir, sus consecuencias se suelen evaluar en coyunturas determinadas, y no obedecen a dogmas rígidos; esto no implica que a nivel de las organizaciones no haya conflictos por disputar la dirección en que dicha tensión mueve. En cualquier caso, las demandas de los movimientos son producto de procesos deliberativos, de análisis políticos y de autoformación que las organizaciones llevan a cabo en distintas instancias, no sin conflictos, y que parten en asambleas en salas de clases y universidades, o en asambleas territoriales o en comités de vivienda. Asimismo, estos movimientos han sido relativamente exitosos en convocar estudiantes y pobladores que no tenían una historia o una trayectoria de activismo y militancia anterior, y parte del éxito se relaciona con la intención de no reproducir prácticas autoritarias, sexistas, y de abuso de poder al interior de las propias organizaciones. Quizás lo más interesante sea que el discurso anticapitalista de sus activistas y dirigentes encuentra un correlato a nivel de las formas de organización y prácticas políticas concretas de autogestión y autoeducación; no es un discurso abstracto o que venga impuesto desde afuera.

Finalmente, ambos movimientos, aunque especialmente el movimiento de pobladores, da cuenta de una renovación en el vocabulario en que el marco interpretativo anti-neoliberal se enuncia. Las reformas neoliberales de mediados de los años 80 y los años 2000 implicaron no solo una transformación en la estructura social chilena y en las formas de acción colectiva que comenzaron a resistir los efectos de dichas políticas, sino que también han implicado un cambio en el vocabulario en las cuáles dichas demandas se formulan. En este contexto, nociones tales como “vida”, “dignidad” y “territorio” logran anudar experiencias subjetivas de sufrimiento y malestar producido por los efectos de políticas neoliberales con el deseo de vivir de otra manera. Las luchas por la vida

y el territorio se relacionan directamente con los efectos de un capitalismo cuyas lógicas extractivistas amenazan ya no solo un proyecto de vida en particular sino que la vida misma, y han sido empleados por movimientos indígenas, de campesinos y medioambientalistas en América Latina (en Bolivia y Ecuador, especialmente). Lo interesante es ver cómo estos marcos migran de contexto y pueden dar fuerza y sentido a movilizaciones urbanas en la actualidad.

Pero el movimiento estudiantil y el movimiento de pobladores son solo dos casos entre una serie más amplia de movimientos antineoliberales que se han venido desarrollando desde mediados de los 2000 en Chile. Piénsese en las luchas del pueblo mapuche y los movimientos feministas, la rearticulación del movimiento de trabajadores, el movimiento No +AFP. En ese sentido el libro es el punto de partida, limitado, de un proyecto a más largo plazo en donde me gustaría ampliar el espectro de movimientos a analizar, sobre todo a partir de lo que podría ser considerado un nuevo ciclo que se abre a comienzos de los años 2000. Actualmente, por ejemplo, me encuentro realizando una investigación sobre movimientos socio-territoriales, y es interesante lo que aparece cuando, de nuevo, se hace el ejercicio de comparar trayectorias, demandas, análisis políticos, repertorios de acción y los vocabularios entre los distintos movimientos.

RC: Otro diagnóstico bastante difundido en las ciencias sociales de postdictadura es la disociación entre los actores sociales (lo social) y lo político. ¿Cómo evalúas esto a propósito de esta renovación que mencionas en los repertorios y en los vocabularios de los movimientos?

JPR: Creo que efectivamente el momento actual permite replantear la relación clásica entre lo social y lo político, aunque todo va a depender de cómo se definan esos términos. En primer lugar, creo que es importante mantener la distinción analítica entre movimientos sociales, actores sociales y política para hacer el análisis de este nuevo ciclo. Los movimientos sociales se constituyen en torno a un determinado conflicto (el conflicto educacional, el conflicto por la vivienda), que apela y constituye a ciertos actores sociales (pobres urbanos, estudiantes), lo que implica que hay una heterogeneidad de orientaciones e intereses en juego. A nivel de los actores sociales, hay estudiantes que participan en el movimiento porque les aliviana la carga económica a ellos y sus familias, y otros porque consideran que la educación es un derecho social; así mismo, hay pobladores allegados y endeudados que quieren obtener una vivienda bien localizada, y otros quienes ven que la vivienda bien localizada supone una idea de buen vivir y un reordenamiento de la sociedad en su conjunto. Lo relativamente “novedoso” de este nuevo ciclo respecto de los años 60 y 70, por ejemplo, es que la figura que antes predominaba a la hora de articular esa heterogeneidad, y luchaba por imprimirle una dirección igualitaria y transformadora, era el partido político (de izquierda). Por supuesto, tanto en el terreno estudiantil como en el poblador desde los años 50 han existido experiencias de autonomía de los partidos políticos tradicionales. Pero lo que ocurre ahora es que los movimientos sociales empiezan a cumplir un rol similar al que antes cumplían los partidos políticos.

Durante los años noventa, los partidos políticos de la Concertación contuvieron, desmovilizaron o “domesticaron” a los actores sociales que durante los años 80 portaban un proyecto histórico alternativo al de la dictadura; y se limitaron ellos mismos a presentar la política como la gestión de lo social y de los consensos. Junto con reformar algunos de los llamados “enclaves autoritarios”

del régimen de Pinochet, la Concertación se abocó a hacer bien lo que la dictadura había hecho mal, es decir, llevar a cabo un proceso modernizador en clave neoliberal. Esto produjo que culturalmente la política dejara de ser un espacio necesario para los actores sociales, quienes ahora no veían su accionar, cada mes más limitado, subordinado a la estructura partidista tradicional. Todo esto en un contexto global marcado ideológicamente por las terceras vías, la crisis de la política, y las tesis del fin de la historia; y a nivel nacional, por los diagnósticos del mito chileno popularizado por Tomás Moulian y retratados vívidamente en las crónicas de Pedro Lemebel. Versiones más académicas de estos diagnósticos se podían encontrar en *La Caja Pandora, Residuos y metáforas* de Nelly Richard, el Informe de 1998 del PNUD, el texto *Where Did All the Protesters Go?* de Philp Oxhorn, entre otros. Lo que comienza a ocurrir desde mediados de los años 2000 es que estas formas de organización y política autónomas de la estructura partidista tradicional comienzan a rearticularse, dejan de ser marginales y comienzan a adquirir grados crecientes de visibilidad, masividad y legitimidad social, en oposición a los efectos del proyecto modernizador de la Concertación. En este contexto, es interesante, por ejemplo, que en el libro *Challenging Neoliberalism in Latin America*, publicado el 2009, Eduardo Silva incluyera a Chile como un caso excepcional (de no movilización) dentro de las movilizaciones antineoliberales en otros países de América Latina (Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela). Según Silva, la Concertación fue capaz de desarrollar mecanismos de inclusión política y económica lo suficientemente eficaces como para impedir que las organizaciones se articularan en torno a un discurso antineoliberal con claridad, cuestión que eventualmente cambiaría, sugiere Silva, con un gobierno de derecha.

Finalmente, y esto me parece igualmente interesante, reaparece hacia fines del 2010 la discusión sobre la necesidad estratégica de formar partidos políticos para disputar espacios de poder a nivel de la política institucional (ya sea a nivel local o a nivel nacional), sin reducir eso sí, ni la orientación general ni las prácticas de los movimientos únicamente a dicho espacio. Y esto queda instalado como una suerte de tensión al interior de los movimientos. Lo que sí va quedando cada vez más claro, es que las formas de autoorganización popular en distintos ámbitos, tales como la educación y la cultura, ya no son solo reacciones espontáneas a episodios de crisis, sino que están en mayor o menor grado vinculados a organizaciones cuya motivación principal es la transformación de la sociedad en su conjunto.

RC: Ya aludiste antes al “estallido social” de octubre. ¿Cómo crees que se expresan las prácticas de estos movimientos en este hito?

JPR: Es difícil saberlo sin investigar el estallido propiamente tal. Pero una de las cosas que creo se pueden hacer es contextualizar el “estallido” en las movilizaciones previas, y explorar el modo en que distintas organizaciones han venido desarrollado una capacidad de organización que no siempre alcanzan visibilidad pública (en parte porque son invisibilizados), pero que no por ello son menos importantes. Personalmente, creo que el registro episódico de acciones colectivas en contextos de movilización es un dato importante –el enfoque basado en las “protestas”, no en los movimientos– pero nos dice poco sobre los procesos sociohistóricos en donde dichos datos son producidos y adquieren legibilidad. Lo que cambia octubre así como lo hicieron los “pingüinos” en su tiempo y las movilizaciones feministas del 2018, es el repertorio semántico disponible para hablar de ciertas

cosas y con ello un cierto régimen de visibilidad. Si no te toma en cuenta eso, los datos nos van a seguir informando, con variaciones más o menos, lo mismo; o peor aún, nos pueden formatear de antemano las preguntas.

Si consideramos las movilizaciones de octubre en el contexto de las movilizaciones que comienzan a desarrollarse a comienzos de los 2000, podemos ver que el discurso antineoliberal de las “críticas en movimiento” al sistema socioeconómico y político chileno en aspectos tales como la educación, la vivienda, el agua, la violencia patriarcal y derechos reproductivos, han alcanzado mayores niveles de masividad y legitimidad. Esto en un contexto donde el sistema político parece estar completamente clausurado y no tener la capacidad de escuchar nada de lo que viene de “afuera”. Asimismo, las asambleas territoriales, que han sido importantes en el desarrollo de las movilizaciones del estallido, siguen una lógica similar de organización a las que se encuentran en el movimiento estudiantil y el movimiento de pobladores, y ellas mismas son constituidas no pocas veces por activistas de dichos movimientos. Por último, las demandas por mayor dignidad entroncan directamente con las demandas por una vida buena y una vida digna que el movimiento de pobladores y movimientos socio-territoriales han venido desarrollando desde hace aproximadamente diez años. Hay que estudiar hasta qué punto estos son procesos de amplificación de marcos interpretativos que se extienden de ciertos movimientos a otros, hasta qué punto dichos marcos resuenan con experiencias a nivel global, y en qué medida dichos marcos tienen la fuerza para enmarcar la multiplicidad de demandas que no solo organizaciones, sino que participantes en las protestas en general han sostenido.

RC: Para terminar, si bien es cierto que hoy resulta innegable que en el “estallido” se expresa un rechazo al neoliberalismo en sus diversas manifestaciones ¿no crees que el análisis puede caer también en el riesgo de sobreinterpretar expresiones de malestar que no siguen necesariamente dicha lógica?

JPR: Sí, de todas maneras. Y creo que esto tiene mucho que ver con cómo se define y delimita lo que se va a estudiar, y de ahí que me parezca necesario distinguir analíticamente entre protestas, movilizaciones, conflictos, movimientos sociales, organizaciones, y también entre los distintos niveles de análisis en los que se usan estos conceptos. Me gustaría aclarar en ese sentido que el análisis en base a una contextualización de movilizaciones previas solo puede decir algo respecto de cómo movimientos antineoliberales en formación se expresan en la coyuntura de Octubre, pero que en ningún caso pretenden decir algo sobre el “estallido” en sí, que es un fenómeno mucho más complejo y aún en curso.

Hay una variedad de organizaciones que pueden ser vistas como experiencias de crítica situada a los procesos de neoliberalización y sus efectos, así como hay una serie de organizaciones, grupos e individuos que no comparten dicha orientación y que tienen diversas motivaciones para tomar parte en las movilizaciones. Lo que a estas alturas es innegable es que las primeras han ganado en visibilidad y legitimidad durante los últimos años y han sido parte fundamental del momento constituyente; han sido estas experiencias, limitadas en ese sentido pero a mi juicio muy significativas, lo que intenté analizar en el libro en un contexto marcado por la aparente tranquilidad que siguió a esa suerte de pre-estallido que fue el año 2011.

REFERENCIAS

Lemebel, P. (2010). *De perlas y cicatrices*. Barcelona, España: Seix Barral.

Menéndez-Carrión, A., Joignant, A., (Eds.). (1999). *La caja de Pandora: El retorno de la transición chilena*. Santiago, Chile: Planeta/Ariel.

Mirowski, P. & Plehwe, D. (2015). *The road from Mont Pèlerin: The making of the neoliberal thought collective*. Harvard, Estados Unidos: Harvard University Press.

Oxhorn, P. (1994). Where did all the protesters go? Popular mobilization and the transition to democracy in Chile. *Latin American Perspectives*, 21(3), 49-68.

PNUD (1998). *Informe de Desarrollo Humano: Las paradojas de la modernización*. Santiago, Chile: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Richard, N. (1998). *Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición*. Santiago, Chile: Editorial Cuarto Propio.

Silva, E. (2009). *Challenging Neoliberalism in Latin America*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.